



# LA NUEVA BRUJERIA

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(PARA LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1919.

«De la abundancia del corazón habla la boca» dice un antiguo dicho. Y este mucho más en escritores tan poco impersonales u objetivos como el que ahora, lector, te dirige aquí la palabra. Nunca han sido, me parece, los párrafos de mis escritos una cortina interpuesta entre ti, mi lector, y yo que en ellos te hablo; nunca he pretendido que te diviertas con lo que hablo pintado, mejor o peor, en esa cortina sino que te he puesto delante un cenagal para que a través de él vieras en mí, en el escritor, o mejor en el hombre que te hablaba, como en un espejo lo que en torno mío pasa. Yo he querido ser para ti, lector, un espejo de mi mundo, el mundo en que vivo, y para que así vieras mejor, y por espejo, tu propio mundo. Siempre he tratado de hablarlo un hombre. Y cuando te he dado noticias muy comunes o te he presentado ideas muy corrientes he querido que llevaran calor de humanidad. De mí sé decirte que prefiero una pieza de cinco céntimos de peseta, lo que por acá llamamos una perra chica, de cobre y sucia, si en ella puedo sentir huellas de sudor, acaso de sangre, que no una pieza de oro, de veinticinco pesetas, recién salida de la Casa de la Moneda. Qué de vida no lleva un vulgar billete de poco valor monetario! Hay en él; huellas de lágrimas, muste de manos sudorosas, alguna manchita de sangre...! Y así con las ideas. Las que han vivido y sufrido más, en mentes de hombres, las prefiero a las más elevadas o más nuevas objetivamente. Y por esto es por lo que me importa poco que muchas veces no pueda, darte ideas ni muy nuevas ni muy originales ni muy instructivas si en la expresión con que te las doy vibran el ansia, la indignación, el dolor, la esperanza o la desesperación del hombre en quien han vivido.

Y hoy me tienes aquí, lector, que puedo hablarte sin tasa ni empacho cuando aquí, en mi propia patria para dirigirme a mis compatriotas, se me pone, como se nos pone a todos los que aquí queremos decir la verdad, el freno de la más despótica y más bárbara censura. Porque no puedes hacerte, lector, una idea del sentimiento patológico a que la censura oficial ha llegado aquí. Ni sé si te habrán informado de lo que aquí está pasando.

Se comprende que en tiempo de guerra ejerzan los gobiernos una cierta censura sobre las noticias de guerra, pues el ocultar un movimiento de tropas u otra circunstancia puede ser útil, y no pocas veces el enemigo deduce de una prensa indiscreta datos que le son muy útiles respecto al estado de ánimo de aquel contra quien combate. Pero lo que no se explica es que se tache epítetos y juicios de puro valor ideológico.

Lo de aquí es un miedo cerval a la inteligencia. Una sociedad secreta, militar, una masonería de oficiales del ejército que es la que está derribando y elevando ministerios, manifiesta todo el pánico que al pretorianismo faccioso le produce la inteligencia. Y de aquí la censura.

Es increíble la manera cómo se está ejerciendo la censura. Y qué censores Dios mío! Qué cosas tachan! Hay un señor gobernador de una provincia, y marqués por añadidura, que a llevarle un inocentísimo escrito en que se hablaba entre otras cosas de «bolganes bien vestidos» tachó lo de «bien

vestidos». Por lo visto para ese pobre señor es vitando y peligroso el que se diga, que hay gentes bien vestidas que se dedican a la volgazanería.

Es cosa terrible que puedan llegar a ejercer la censura gentes desprovistas de la más elemental inteligencia. Aunque en cualquier país del mundo —y así se ha visto en los países mismos benerantes durante la guerra— ningún ciudadano digno e independiente, aun siendo funcionario público, se presta a ese odioso papel de censor de la prensa. Hay ciertas funciones de policía que es imposible dignificar, como es imposible dignificar la función del verdugo. Y así como la supresión de la pena de muerte regimaría al verdugo más bien que al condenado a ella, así hay medidas de despotismo cuya supresión habría de reducir a los pobres esbirros encargados de cumplirlas.

«No se mata las ideas!», dijo primero no sé quién y repitió en cierta ocasión, o lo escribió, creo, en la pared de una cárcel, el gran Sarmiento. Y aquí se cree que es posible matar ideas con un lápiz rojo.

La vieja y castiza inquisición española ha retoñado; se ha restablecido el Santo Oficio, aunque ya no es eclesiástico sino marcial. Y acuden a nuestra memoria todos los horrores que en Francia puso de manifiesto el famoso affaire Dreyfuss. Y creemos que a la depuración que el tal affaire, que llegó a ser una verdadera guerra civil en la vecina república, produjo en el ejército y en el país todo se ha debido la victoria de la civilidad francesa. Lejos de debilitar le robusteció al ejército francés aquella limpia. Entonces se limpiaron, en efecto, los bajos y secretos fondos del ejército francés y todas las infamias y toda la podredumbre que se amparaba en la supuesta razón de estado y en la salud de la patria.

En un país pretorianizado, en efecto, los pretorianos creen que les es lícito para sostener su predominio y lo que estiman su prestigio y lo que llaman el principio de autoridad, falsificar la verdad. En sus tribunales, en los tribunales marciales, donde no se juzga sino que se castiga, el perjurio es corriente. Para sostener la inhabilidad de los fallos de un tribunal marcial se acude a la mentira, y se inventa delitos.

En aquel libro tan lleno de interés y de sugestión que Jorge Borrow escribió en 1842, en que narra sus andanzas por España durante la primera guerra carlista, repartiendo biblias, libro que se titula «La biblia en España» (The Bible in Spain) y que es la última gran novela picaresca, hay un pasaje digno ahora aquí de mención. Y es que Borrow encontró en Córdoba, en 1837, a un anciano sacerdote que había sido familiar del Santo Oficio de la inquisición y trabando conversación con él le dijo cuánto se alegraba de haber conocido a uno que fué inquisidor. Y se siguió el diálogo siguiente:

«El anciano me miró fijamente. Ya le entiendo, don Jorge. Hace tiempo que he visto que Vd. es uno de los nuestros. Usted es un hombre docto y santo y aunque cree conveniente llamarse luterano e inglés yo he penetrado en su condición real. Ningún luterano se tomaría el interés que Vd. se toma en asuntos de iglesia y con respecto a que sea Vd. inglés ninguno de esa nación puede hablar castellano y mucho menos latín. Yo creo que Vd. es uno de los nuestros —un misionero— y me confirma sobre todo en esta idea. sus frecuentes

conversaciones y entrevistas con los españoles; parece que trabaja. Vd. entre ellos. Está en guardia, sin embargo, D. Jorge y no se fíe en la te gitana; son malos penitentes, no me gustan. No le aconsejaría yo que se fiase de ellos.»

«Ni lo intento «repliqué» y me acordé con dinero. Pero para volver a asunto más importante; ¿de qué crimen conocía la santa casa de Córdoba?»

«Usted sabe sin duda los asuntos en que interviene el Santo Oficio. Apenas necesito mencionar la brujería, el judaísmo y ciertas perversiones carnales.»

«Con respecto a la brujería—dije yo—¿cuál es su opinión? Hay en realidad tal crimen?»

«¿Qué sé yo?—dijo el anciano encogiendo de hombros—La iglesia tiene poder, don Jorge, o por lo menos tenía poder de castigar por algo, real o no; y como era necesario castigar para probar que tenía el poder de castigar, ¿qué importa que castigase por brujería o por otro crimen cualquiera?»

Este precioso diálogo nos pone de manifiesto el estado de ánimo de todos los inquisidores. Así eran los eclesiásticos, así son hoy los marciales. Como decía el publicista portugués Juan Chagas—y comenté estas sus manifestaciones en un artículo titulado «La patria y el ejército» publicado en 1906 y que figura en el tomo VI y antepenúltimo de mis «Ensayos»— los militares juzgan no en virtud de la necesidad de juzgar, sino de castigar. «Se creen llamados a sostener eso que se llama el principio de autoridad o el orden,—y que es muy otra cosa que el fin de autoridad, o sea la justicia—y para sostenerlo tienen que castigar. ¿Que no hay delito? Pues se inventa. Y así como se inventó la brujería antirreligiosa han inventado la brujería antipatriótica.

Porque ahora, en efecto, se ha inventado una nueva brujería por esos que quieren monopolizar el patriotismo. En el citado ensayo escribía yo hace trece años: «El que llegue a ser una clase, la clase militar, la encargada de velar por la ortodoxia patriótica y definirla, y juzgar de los delitos contra la Patria, y condenar a uno por antipatriota, llegaría a ser, sin duda, causa de embotamiento del patriotismo». Y a nombre de patriotismo y de orden y de seguridad pública y de otros pretextos así se ha vuelto a perseguir no ya actos sino ideas, maneras de pensar. Y se ha inventado una nueva brujería. La brujería se llama ahora bolchevismo o sindicalismo. El declararse bolchevista es ya considerado un delito. La censura tacha epítetos, meros epítetos.

Hay un pánico loco contra una posible gran revolución que ni saben los así aterrados en qué consista. Hay lugares en que se considera delictivo gritar ¡viva Rusia! sin que los que gritan esto sepan mejor que los que lo persiguen qué es lo que está pasando en Rusia. Rusia es un símbolo.

Esta correspondencia la entregare al correo aquí mañana, 6 de mayo, y no sé cuándo llegará a ésa, ni cuándo se publicará. Los días van ahora muy de prisa y si antes de ella aparecer habéis sabido de cualquier catástrofe aquí, en España, tened por seguro que en vez de evitarla la provocará este nuevo Tribunal del Santo Oficio, esta sociedad secreta pretoriana y este restablecimiento del delito de brujería, que no es sino el delito de pensar.